

«EL AGAPE DE DIOS»⁽¹⁾

DE

RAMON GONZALEZ-ALEGRE

Cuando nos acercamos al recién publicado libro de Ramón González-Alegre se nos plantea en primer lugar la, preocupación, tan compartida, sobre si es necesario y conveniente la identidad entre poesía y vida, poeta y hombre, o si bastaría atenemos a la presencia innegable y dominante del poema como objeto único de nuestra contemplación. Confesemos en seguida nuestra preferencia por el primer término del dilema, que si nos sirve con carácter general, plenamente nos satisface en el ejemplo concreto que da motivo a este comentario. La ya amplia obra de González-Alegre se no ofrece siempre como resultante de la tensión dramática en el hombre que la escribe: una tirantez que arranca de sus primeros cantos a la tierra, crece en poemas y libros de contenido amoroso y ahora se extrema, casi al borde de quebrarse, hacia la diana do Dios su «Luz ilusionada».

Y en favor de lo que afirmarnos abona aún la generosa -y, en cierto modo, despreocupada- selección de poemas para el volumen: el poeta, que ha decidido dar los versos como fruto, el más verdadero, de su condición humana, no renuncia a proponernos algunos mensajes que quedaran rezagados o desestimados a la hora de pesadas entregas. No hay, pues, la acostumbrada preocupación, tantas veces tocada de un punto de vanidad, con que el artista suele escoger entre su obra las piezas más acabadas. Más bien se diría que aquí se nos convoca a un paseo por sus más secreta estancias, tal como ellas son, y se nos permite hurgar en gavetas y cuadernos de intimidad sabrosa: esto por lo que respecta a las primeras agrupaciones del libro, que luego alcanzará su poderosa culminación en los catorce cantos de “Oración para una noche oscura”, confesión a voces, declaración de alma, cántico, en fin, de una criatura que busca a Dios a golpes de hombredad y sin beatería.

Escritos hacia los diecisiete años son los versos iniciales, cobijados bajo el indicativo que reza: “Canciones para Chela, por la mar de Arosa “. Sorprende en ellos la ausencia de esa pedantería –simpática, es verdad, y perdonable- que suele mostrarse en las adolescentes, se acerca al amor con asombro de su sangre moza y cogido de la mano amiga recorre su mundo de entonces –tierras bajas de Galicia-

cantando sin complicaciones:

“Para ti los tomillos
que crecen en la fuente,
y estos versos sencillos
nacidos de repente”

Habrían quedado estas ofrendas en Dios sabe qué escondido armario, y hace bien el poeta en orarlas, porque huelen a las hierbas y manzanas que en las viejas casas acompañan a los recuerdos.

Agua clara. Fuentes. Hontanares. Pasarán los años, y seguiremos oyendo el sonar de los manantiales en toda la obra del poeta berciano, encariñado con las plurales significaciones que le presta el agua recién nacida del vientre de la tierra.

Pero advino por entonces un tiempo en que no había lugar para el amor sencillo sobre los prados. Las armas dominaban sobre cualquier efusión personal del hombre. Y sin embargo, el soldado continuaba ejerciendo de poeta. Ahora podemos leer su patética presencia ante el primer muerto, en el inicio de “Poemas de esperanza y paciencia (1937-1939)”

«Hoy eres sangre que al morir se calla
un inmóvil sediento, un muerto vivo”

Pudiera parecer que González-Alegre, al proponernos esta antología íntima -que así puede considerarse su libro-, coloca esta parte dentro de un paréntesis resumidor de una actitud provisional o compás de espera; algo, en fin, cuyo valor consistiría sobre todo en ofrecer su trayectoria vital sin interrupción. Si así fuera, nosotros estaríamos en desacuerdo. Pues en esta veintena de títulos se encuentran ya las notas esenciales de la poesía de González-Alegre, todo lo que habría de servirle para la madurez con que hay lo conocemos. Por ejemplo: el sentimiento patético con que contempla el dolor y la muerte, la llamada de las tierras -prados, bosques, molinos, fuentes...- y la sabiduría de recrearla sin blandenguerías, una interpretación musical de los temas, y no aludimos a meras armonías formales, sino internas, elusión de preceptos rígidos a meras armonías formales, sino internas, elusión de preceptos rígidos cuando así se lo pide la alta temperatura conseguida en el poema, asombro infantil ante la belleza, que pronto va dando, por sucesivas gradaciones, en sobresalto, entusiasmo y apasionamiento; amor a lo creado y búsqueda incesante del Creador...

Si alguna parte del libro hubiera de cargar con la calificación de marginal, podría ser la que «cuenta» -sin que cese el canto- los breves años y algunas peripecias del «tiempo ruin». Y no aludimos a sus valores poéticos, que nos parecen acorde con el nivel de la obra en su conjunto, sino a que supone una manera menos corriente en el autor. Aquí hallamos un realismo más o menos mágico; y predecimos que no le faltarán inculpaciones al poeta por algunos prosaísmos que nosotros creemos muy deliberados y coadyuvantes con éxito a la eficacia del poema. Y ello es así cuando se hace con maestría entreverando lo coloquial con lo refinado:

“En junio viajamos a Pontevedra
para examinarnos en el Instituto.
Pontevedra es hermosa. Tiene árboles,
alamedas y alas en las horas.
¡Pontevedra en mi alma, tan querida
y transparente voz de adolescencia!
¡El río Lerez vocea sus peces libres,
y la ciudad en el fondo del alma!”

Aunque en ocasiones vaya nuestro interés hacia las piezas de menor ambición, “El ágape de Dios” alcanza su clímax conceptual -como ya dijimos- en «Oración para una noche oscura”, conjunto de poemas de tema religioso, con estremecedoras confesiones que nos revelan al hombre en su integral de la contrición y la duda, la aceptación y la rebeldía, el pavor y la piedad...

Anotemos, antes de firmar, la cuidada edición del volumen.

ANTONIO PEREIRA

(1) Colección Cristiandad. Madrid, 1964.